

KEVIN J.
ANDERSON

Terra Incognita

SERIE ÉPICA

THE KEY TO CREATION

was first published in the United States by Little, Brown & Co, Inc., 2011.

LA LLAVE DE LA CREACIÓN

fue publicado originalmente en los Estados Unidos por Little, Brown & Co, Inc., 2011.

Primera edición,

Noviembre 2011

Copyright © WordFire, Inc.

Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial

Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**

GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11

Portal 4, 3ºB, 29190

Puerto de la Torre, Málaga

Tlf: 951 93 11 34

info@mundosepicos.es

www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-29-2

Título original: *TERRA INCOGNITA - BOOK THREE - THE KEY TO CREATION*

Traducción: EVA DE GREGORIO GONZÁLEZ

Asesor de español: DAVID VELASCO MORALES

Ilustración de portada: MIGUEL REGODÓN HARKNESS

Cabecera y logo: JOSÉ GABRIEL ESPINOSA

Ilustraciones interiores y mapa: JOSÉ ANTONIO RANDO

Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://terraincognita.mundosepicos.es>

DEL AUTOR *BEST SELLER*
INTERNACIONAL

KEVIN J.
ANDERSON

Terra Incognita
Vol. III: La Llave de la Creación





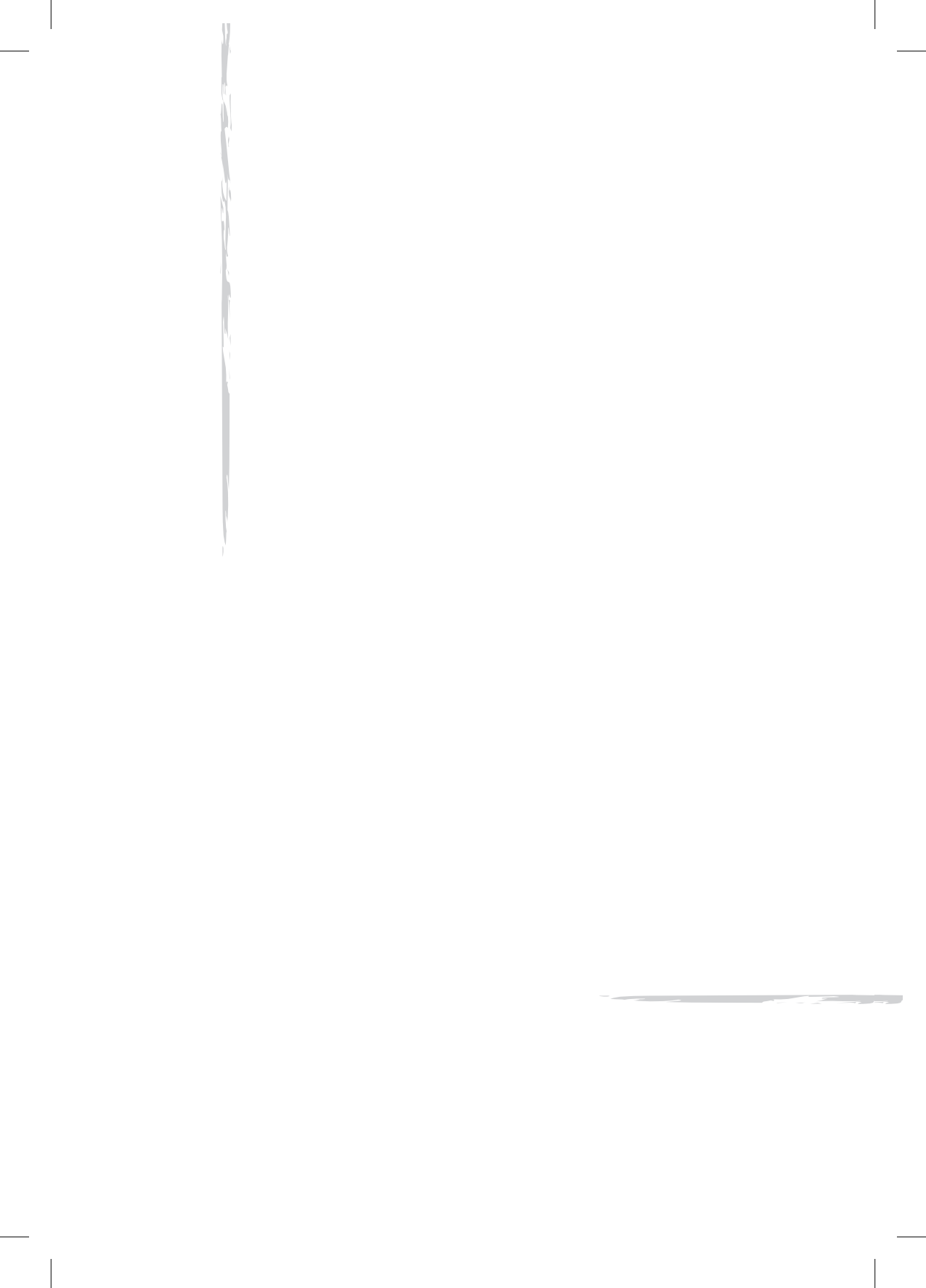
Sobre el autor

Kevin J. Anderson, autor de casi cien novelas, cuarenta y ocho de las cuales han aparecido en las listas de *bestsellers* nacionales o internacionales, tiene más de veinte millones de libros impresos en treinta idiomas. Ha ganado o ha sido nominado para el premio *Nebula*, el *Bram Stoker*, los *SFX Reader's Choice*, y *The New York Times Notable Book*. Por todo ello, se trata de uno de los escritores más populares de los que actualmente trabajan en el género.


Anderson es coautor, junto con Brian Herbert, de once libros de la saga *Dune*, incluido el más reciente, *The winds of Dune*. Del mismo modo, Herbert y Anderson son coproductores de una nueva película de *Dune* desarrollada por Paramount. Por otra parte, la serie más popular de Anderson es *La saga de los Siete Soles*, su obra más ambiciosa hasta el momento, con siete volúmenes. Actualmente está centrado en la trilogía *Terra Incognita*, sobre grandes veleros, monstruos marinos, y una particular cruzada. Como un innovador proyecto, compañero de *Terra Incognita*, Anderson ha escrito junto a su esposa Rebecca Moesta la letra de dos ambiciosos CDs de rock, basados en los volúmenes de esta saga. Realizados por el nuevo 'supergrupo' *Roswell Six* (ProgRock Records), se trata de un gran proyecto con actuaciones de leyendas del rock: Dream Theater, Asia, Saga, Kansas, Rocket Scientists o Shadow Gallery.

Entre sus novelas destacan *Enemies & allies*, que relata el primer encuentro de Batman con Superman en la década de los 50 durante la Guerra Fría, y *The last days of Krypton*, que escribió para HarperCollins/DC y que trata sobre el final del planeta de Superman.

Ha escrito además numerosos libros de *Star Wars*, incluyendo la trilogía *Jedi Academy*, *Darksaber*, o la serie *Jedi Knights* (con Moesta), y la de cómics *Tales of the Jedi* de Dark Horse. También es autor de novelas de *Expediente X* y de *Frankenstein Dean Koontz: Prodigal Son*, así como de *Titan A.E.* o de *La Liga de los Hombres Extraordinarios*. Ha publicado cómics en DC, Marvel, IDW, Wildstorm, Topps y Dark Horse.



*Para Shawn Gordon de ProgRock Records, que amplió
los horizontes imaginarios de la saga Terra Incognita,
haciendo posibles los CDs de rock compañeros de los
libros, Beyond the Horizon y A Line in the Sand.
Y gracias también por ser un buen amigo.*



*«Para alcanzar el alma de la humanidad,
hay que tener la Llave de la Creación».*

– Diario de Urec –





PRIMERA PARTE





I Afueras de Calay

Mientras cabalgaba por Terra, el constante ruido de los cascos de su montura se hacía eco de los latidos de su corazón. Después de días de duro viaje, Jenirod ya no oía su sonido. Luchó contra el hambre, la sed y el cansancio, manteniéndose despierto sólo gracias a su determinación. Ya había cruzado medio continente, pero tenía que llegar a Calay. La Reina Anjine tenía que saber lo que había sucedido en las Minas de Gremurr. Después de dos décadas de guerra, los Aidenistas habían obtenido finalmente una importante victoria contra los Urecari.

Jenirod había cabalgado a lomos de dos de sus tres caballos de guerra casi hasta matarlos antes de dejarlos en libertad. Los animales podrían cuidar de sí mismos hasta que algún viajero los encontrara. Como hijo del Destrar de Erietta, había crecido rodeado de caballos, y había ganado innumerables trofeos en las cabalgatas del Día del Desembarco; no podía creer que estuviera abandonando tan buenas monturas. De hecho, hacía varios meses, el orgulloso Jenirod nunca hubiera imaginado que una misión podría demandar tanto de él. Ahora cabalgaba más allá del sentido común, que le decía que debía dormir y dejar descansar a los caballos.

Si la reina reunía todas sus huestes, el ejército terrano podría garantizar la derrota definitiva del soldan-shah...

Después del triunfo de Gremurr, los incendios habían sido extinguidos, los cuerpos de los urabanos habían sido arrojados al mar, y los valientes combatientes Aidenistas habían sido enterrados en tumbas marcadas con postes con el símbolo del anzuelo. Pero la reina tenía que conocer la victoria lo antes posible, para poder planificar su siguiente paso en la guerra. Jenirod se había ofrecido a hacer el largo y agotador viaje; no había nadie más apropiado.

Avanzaba nervioso, como si los demonios rozasen los flancos de su caballo, decidido a ir más rápido de lo que nadie creía posible. Tenía que hacer algo, cualquier cosa para borrar la mancha de sus insensatos e inmaduros actos. Y después de tantas tragedias sufridas, de tantos Aidenistas inocentes asesinados por los vengativos Urecari, incluyendo al Príncipe Thomas, Jenirod tenía ganas de ofrecerle buenas noticias a la reina.

Había cruzado el paso de la montaña por el que el ejército terrano había llegado a las indefensas Minas de Gremurr. En la fortaleza de Enci-





na de Piedra, Jenirod se detuvo sólo un par de horas para volver a llenar sus odres y cargar sus alforjas con comida. Después siguió el curso del río, por el camino que le llevaría hasta la capital. Toda Terra celebraría el gran triunfo Aidenista, aunque los vítores y aplausos ya no le importaban a Jenirod. Le ofrecería a la Reina Anjine cualquier consejo que pudiera, aunque dudaba que ella lo aceptara de él. Cicatrices como la suya no se curaban pronto... si llegaban a hacerlo alguna vez.

Aquellos últimos meses le habían mostrado a Jenirod que la guerra se parecía poco a las gloriosas hazañas que contaban las historias o las canciones. Durante su interminable y agotador viaje, tuvo tiempo de reflexionar sobre toda la destrucción que había causado su ingenuidad. Cómo se arrepentía de haberle sugerido al Destrar Tavishel atacar el indefenso santuario Urecari sólo para impresionar a Anjine. Jenirod nunca había pensado en las consecuencias, nunca se imaginó las posibles represalias Urecari. ¡Pobre Thomas!

Ahora se sentía avergonzado por lo que había hecho. Jenirod había cambiado mucho en su corazón, pero la reina nunca le perdonaría. Sin embargo, sus noticias darían esperanza a un sinnúmero de familias de Terra. Gracias a su victoria en Gremurr, el ejército había liberado a cientos de esclavos de las minas, Aidenistas inocentes que habían sido capturados en incursiones o en abordajes a barcos de pesca en el Mare Magnum. Estaban vivos, y Jenirod llevaba en sus alforjas una lista completa con sus nombres.

Después de la batalla, el Subcomdar Matheus Bornan había reunido a los esclavos liberados y había dado instrucciones a los escribas para que recabasen información sobre ellos con el fin de avisar a sus familias. Los escribas llenaron hoja tras hoja con los nombres, direcciones y ocupaciones de los supervivientes. Aquellos nombres llevarían la alegría a mucha gente de Calay. Sus seres queridos volverían a casa tan pronto como fuera posible. El Subcomdar Bornan y el primer grupo de prisioneros liberados llegarían en pocas semanas.

Pero primero, Jenirod tenía que ver a la reina.

Se ponía el sol cuando su tembloroso y cansado caballo llegó a las afueras de la capital. Jenirod no sabía qué día era. Más adelante, los ríos fluían hacia el puerto, y los edificios se agrupaban en torno a la línea de costa, donde se extendían los largos muelles. Recortado por el sol bajo, de un color sangreanaranjado, pudo distinguir el contorno del castillo de Calay en la distancia.

Cerca... tan cerca.

Medio muerto, llevó a su caballo hasta un almacén y se deslizó de la silla cuando un curioso comerciante se acercó a él. Jenirod sabía que estaba sucio, con el pelo revuelto y sin afeitado, pero nada de eso importaba.

—Un caballo. Necesito tu caballo, en nombre de la reina.



Terra Incognita

El comerciante ojeó a Jenirod y a su montura, y vio la espuma que había en la boca del animal, y cómo temblaba allí de pie, pero reconoció que era una buena montura.

—Toma el mío. Es un intercambio más que justo.

Jenirod cogió las alforjas y le dio unas palmaditas a su montura en el cuello. Sus patas apenas podían sostenerlo.

—Cuida de este caballo. Me ha servido bien.

Jenirod ni siquiera pidió agua o comida. Tan cerca ya... Se tambaleó hacia la yegua, subió en ella —no había tiempo para una silla de montar—, se agarró de las crines, y se dirigió hacia la ciudad.

En menos de una hora, llegó a la puerta del castillo y gritó con voz entrecortada.

—¡Guardias, llevadme ante la reina! ¡Tengo que ver a la reina!

Jenirod parecía un salvaje, y los guardias reales se mostraron escépticos, pero el comisario Vorannen lo reconoció inmediatamente.

—¿Jenirod? Por el anzuelo, ¿qué te ha pasado?

—Una gran batalla en Gremurr... ¡Derrotamos a los *rizados*! Por favor, ¡tengo que decírselo a la Reina Anjine! —Los guardias lo ayudaron a bajar de la yegua, y Jenirod suspiró; a continuación se tambaleó, exhausto, pero dos hombres lo sujetaron—. Muy bien... Creo que tomaré un poco de agua en primer lugar. —Ni siquiera vio a la persona que le entregó la copa.

—Hemos avisado a la reina —dijo Vorannen—. Tal vez te gustaría cambiarte de ropa, asearte, descansar...

Jenirod se dio cuenta de que olía a caballo, a sudor, y a sudor de caballo, pero sabía cuál era su prioridad. Sacudió la cabeza, y Vorannen vio un extraño brillo en sus ojos.

—Sígueme.

Jenirod sabía que el hecho de verlo haría que Anjine recordase al emisario urabano que había tirado la cabeza cortada de su hermano en la sala del trono. Cuando se irguió ante ella, Jenirod tragó saliva, e hizo una apresurada reverencia. Había practicado su discurso al ritmo de los cascos de su caballo, y las palabras que habían estado corriendo por su cabeza durante el viaje por fin salieron de su boca.

—Mi reina, ¡vuestros ejércitos han conquistado Gremurr! Matamos a muchos seguidores de Urec y mantuvimos a otros con vida para que trabajasen en las minas. Es la derrota más aplastante sufrida por nuestro enemigo en esta guerra. —Abriendo mucho los ojos, habló aún más rápido—. Además hemos liberado a los esclavos terranos que allí había. Cientos están vivos y en condiciones de volver a casa. —Le entregó la lista con los nombres—. Aquí tenéis.





Asombrada, Anjine desenrolló el papel, y comenzó a leerlo. Un rubor había llenado sus mejillas.

—No sabía que tú y Matheus habíais ido a Gremurr. —Se sentó erguida, centrada en su papel de reina—. Dame un informe completo.

Jenirod le describió el ataque sorpresa liderado por los mamuts de Iboria, cómo el ejército terrano había capturado las minas, y cómo se habían hecho con el control de siete barcos de guerra blindados.

—El Destrar Broeck está dispuesto a emplear esos acorazados para atacar las indefensas ciudades enemigas que hay en la orilla del Mare Medium, pero me ha enviado aquí para poder planificar la victoria terrana.

—¿Y Matheus... el Subcomdar Bornan? ¿Está bien?

—Estaba ileso cuando lo dejé. El Subcomdar Bornan traerá de vuelta a muchos de los prisioneros si son capaces de hacer el viaje. Ondun seguramente nos ha sonreído, mi reina.

Anjine se recostó en su silla en silencio. Esperando su reacción, Jenirod comenzó a sentirse cansado, hambriento y sucio. Finalmente, la reina hizo una fría y formal inclinación de cabeza.

—Haré que copien esta lista y que la distribuyan lo más rápidamente posible. La gente necesita saber esto. —Bajó entonces la mirada hacia los nombres—. Esta noticia ha tardado demasiado en llegar, Jenirod.



2 Palacio de Olabar

El Soldan-Shah Omra zarpó de regreso a su ciudad, ansioso por contarle a su pueblo la gran victoria urabana de Ishalem. Los extraordinarios cañones de sus nuevos aliados nunghal habían destruido por completo una flota terrana que tenía la intención de quemar la ciudad santa. Todos sus barcos se habían hundido, y Omra había dejado que los tiburones devorasen a los supervivientes. Se sentía plenamente satisfecho. Los seguidores de Aiden habían tenido exactamente lo que se merecían.

Sin embargo, cuando el soldan-shah llegó a Olabar, se encontró con una ciudad revuelta. La Iglesia Urecari estaba bajo sospecha, la ur-sikara había muerto, y el palacio se estaba recuperando de un complot de ase-



Terra Incognita

sinato contra su primera esposa, Ishtar. Al oír el informe del Kel Rovik, Omra sintió una punzada en las sienas.

—¿Está ella a salvo?

—Toda vuestra familia está ilesa, soldan-shah.

—¡Llámalas! Necesito ver a mi esposa y a mis hijas. Necesito mirarlas a los ojos para estar seguro. —Había luchado en Ishalem para preservar su fe y su tierra, y a su regreso se había encontrado con que unas sikaras corruptas planeaban algo horrible, allí, en la propia capital—. Cierra las puertas de la iglesia principal hasta que concluya la investigación. ¡Pregunta a todas las sikaras!

Rovik inclinó la cabeza. Aquel hombre siempre había sido competente y fiable.

—Su padre nos dio exactamente esas órdenes, soldan-shah. Ya hemos atrapado a muchos de los participantes en el intento de asesinato.

Omra exhaló con fuerza, apenas conteniendo su furia. Hacía años, su padre había renunciado a ser el soldan-shah debido a la traición de Villiki y de la ur-sikara anterior. Cuando Imir se liberó de aquella carga, Omra aceptó el reto, comprometiéndose a ser diferente... pero al parecer nada había cambiado.

—¿Dónde está mi padre? Necesito hablar con él.

Al ver que el rostro de Rovik se ensombrecía, Omra sintió un escalofrío.

—Se ha encerrado en su dolor.

—¿Su... dolor? ¿Qué más ha pasado?

—Un desastre en las Minas de Gremurr. Un gran ejército Aidenista cruzó las montañas con unos monstruos gigantescos, y atacaron Gremurr. Se apoderaron de las minas y de los buques de guerra acorazados, asesinando a nuestros soldados y esclavizando a otros para que trabajen allí.

Omra tuvo que sentarse en un cojín para esconder una repentina sensación de mareo. Ante el balcón abierto, las cortinas se agitaban, movidas por la brisa. Bajo la luz de la tarde, las telas de seda roja le daban un aire de apariencia sobrenatural a sus habitaciones. ¡Gremurr... perdido! Aquellas minas suministraban metales, barcos, armaduras y espadas para toda Uraba. Rovik parecía una estatua, ya que se obligó a mantenerse firme para relatarle el resto de lo sucedido.

—Aún hay más, soldan-shah.

Omra supo entonces lo que le ocurría a su padre.

—¿Tukar?

El Kel Rovik bajó la mirada.

—Los *anzuelos* nos mandaron su cabeza. Eso fue hace una semana.

Cada respiración le helaba el corazón, como si un viento frío recorriera su pecho. Sabía exactamente qué mensaje querían enviarle los terranos.





La Reina Anjine había recibido un regalo similar a aquél después de que el Kel Unwar ejecutara a su hermano, un niño inocente...

¡Pero Tukar también era inocente! Había sido desterrado a las Minas de Gremurr como consecuencia de la traición de Villiki, pero había servido fielmente al soldan-shah.

Aunque Omra entendía el dolor que la Reina Anjine estaba tratando de calmar con aquella venganza, sacó aquellos pensamientos de su mente, sin dejar espacio para la comprensión. ¡Ella había matado a Tukar! Tukar...

El odio que Omra sentía hacia los Aidenistas ardía como una hoguera de yesca seca. Empezó a pensar en las espantosas atrocidades que los *anzuelos* habían cometido a lo largo de los años. ¡Cuánto dolor le habían infligido a su pobre pueblo! Se le nubló la vista y comenzó a respirar cada vez más rápido. ¡Tenía que ajustar cuentas!

La llegada de Ishtar lo sobresaltó.

—Mi señor, estoy feliz de veros de nuevo. Os he echado de menos. — Escuchar su voz era un gran alivio.

Pero cuando Omra miró a la que era su mujer desde hacía más de veinte años, retrocedió ante su pelo rubio, sus ojos azules y su piel pálida. Aunque ella era la madre de sus hijas, la madre de Saan, por un instante sólo vio a una mujer terrana; y él odiaba a los terranos y todo lo relacionado con su cultura y su religión. Se cubrió los ojos.

—¡Fuera! —Dio un largo suspiro y se calmó—. Por favor... vete. —La amaba, pero no podía verla en aquellos momentos.

El Kel Rovik se llevó a Ishtar, dejando a Omra a solas con su odio. El soldan-shah apretó sus manos, machacando los anillos de sus dedos. Cuando Naori fue con sus dos hijos pequeños, y llegaron sus tres hijas, los abrazó a todos, pero sus pensamientos parecían un mar tormentoso.

Había regresado a Olabar con la esperanza de ganar la guerra, pero había llegado a una dura conclusión: la muerte de todos y cada uno de los Aidenistas era la única victoria aceptable. Estaba seguro de ello.

Tras estar atrapado en aquel torbellino de ira, finalmente encontró un momento de calma al pensar en Saan, que había zarpado a bordo del *Al-Orizin* hacía muchos meses en busca de la misteriosa Llave de la Creación. Sin duda era una emocionante aventura para un joven como él viajar a través de aguas desconocidas para encontrar nuevas tierras. El viaje de Saan debía ser mucho más tranquilo, tan lejos de la política...





3 Al-Orizin

El barco de Iyomelka iba en su persecución, rodeado de tormentas y ansioso de venganza. Desde la cubierta de su nave, Saan lo observó con su catalejo. Estaban en un terrible peligro, pero no lamentaba la decisión que había tomado de rescatar a la bella Ystyá de su exilio.

—Siento haber causado esto, Saan. Yo quiero ser libre, pero mi madre no lo permitirá.

Saan le sonrió.

—No tengo la intención de dejar que eso suceda.

La joven tenía unos rasgos tan perfectos que los escultores de Olabar se habrían puesto en fila para reproducir su rostro en mármol. Su pelo era del color del marfil con un toque de miel, sus ojos verdes brillaban con inocencia, deseosos de ver mundo y aprender cosas nuevas. Pero en aquellos momentos Ystyá estaba pálida y mareada. Cuando tomó el brazo de Saan, se enderezó como una flor marchita a la que riegan después de mucho tiempo.

—Sólo quiero ver el mundo.

—Y eso es lo que yo te prometí. Siempre cumplo mis promesas.

Saan trató de mostrarse valiente y digno de confianza, no sólo por ella, sino por toda su tripulación. Los marineros miraban a su capitán en busca de respuestas, seguros de que él debía tener alguna clase de plan para salvarles la vida.

Iyomelka convocó nuevas olas gracias a su magia, y las arrojó contra el barco. El *Al-Orizin* avanzaba a favor del viento, tratando de escapar de la furia de la bruja, aunque para ello se dirigían hacia otro terrible obstáculo. Delante de ellos, cada vez más cerca, como una muralla, estaba el escamoso cuerpo de Bouras, una serpiente de mar tan enorme que, según se decía, rodeaba al mundo entero, condenada a morderse su propia cola hasta que Ondun retirara el castigo que pesaba sobre ella. El *Al-Orizin* no tenía forma de esquivarla.

—Me sentiría mejor si supiera cómo vamos a salir de ésta, capitán — dijo Yal Dolicar.

Ystyá clavó los ojos en el interminable cuerpo del padre de todas las serpientes, que bloqueaba todo el horizonte.

—Mi madre no puede competir con Bouras. —El creciente aullido de los vientos amortiguaba la voz de la chica—. Pero ella no se detendrá.



—Nosotros tampoco —intervino Saan—. No te preocupes.

Dolicar, un hombre acostumbrado a tratar con las verdades a medias y las exageraciones, supo ver más allá del rostro del capitán, y empalideció.

Empleando su catalejo, Saan miró hacia atrás para estudiar el barco de Iyomelka. Hacía mucho tiempo que aquella vieja nave se había hundido en los arrecifes que había alrededor de su isla, pero la mujer había usado sus poderes para sacarlo de las profundidades. Las algas marinas mantenían unidas las andrajosas velas, y el casco estaba cubierto de percebes y estrellas de mar. Un afilado y torcido cuerno de coral salía de la proa. Iyomelka estaba de pie sobre la cubierta, al lado del ataúd de cristal que contenía el cuerpo de su marido. El vendaval que ella misma había convocado azotaba su pelo y sus ropas.

Por delante, la barrera formada por el cuerpo de aquella gigantesca bestia parecía infranqueable, pero al menos el padre de todas las serpientes no tenía nada contra ellos, al menos que Saan supiera.

Ninguna elección parecía particularmente *agradable*.

Una de las velas del *Al-Orizin* se soltó, arrancada salvajemente por el viento. El Ojo de Urec pintado en ella se plegó y luego se estiró otra vez, como si guiñase. Grigovar, el buceador de los arrecifes, agarró una de las cuerdas y usó toda su fuerza para tensarla de nuevo; después la enrolló alrededor de un puntal hasta que los hombres pudieran recomponer las jarcias.

Desde la cubierta de su barco, Iyomelka arrojó unas nubes de tormenta contra el *Al-Orizin*, como proyectiles lanzados por una catapulta invisible. Después hizo que surgieran dos torbellinos de agua y aire, girando a gran velocidad sobre las olas.

La saedrana Sen Sherufa, con sus cabellos azotados por el viento, gritó para hacerse oír entre el ruido del vendaval.

—Capitán, ¿cómo sobrepasaremos a la serpiente?

—Estoy pensando en ello.

Estaban cada vez más cerca del enorme cuerpo de Bouras. Aquella bestia parecía estar girando a tal velocidad que sus escamas —cada una del tamaño de la vela mayor de la nave— se veían como un borrón. Las olas que provocaba Bouras al girar zarandeaban también al *Al-Orizin*, como si fuera uno de los pequeños botes con los que jugaba el hermano pequeño de Saan. En pocos minutos, el barco impactaría violentamente contra el reptil.

—¡Girad hacia el sur! ¡Todo a estribor!

Grigovar usó su considerable fuerza para mover el timón. Los hombres tensaron las velas para aprovechar el viento, y el *Al-Orizin* giró pasando justo al lado de la serpiente, remontando las olas y las corrientes. Ystya clavó duramente los ojos en la infinita serpiente.

Terra Incognita

—Mi madre me contó historias de grandes titanes como éste. Decía que tan sólo mi padre era lo suficientemente poderoso para imponerse sobre ellos. Él protegió los mares castigando a Bouras.

La fuerza del viento aumentaba a medida que Iyomelka se acercaba a ellos, por lo que Saan tuvo que gritar:

—¡Pero ahora está en nuestro camino!

Aunque el *Al-Orizin* navegaba a toda velocidad, Iyomelka seguía acortando la distancia que los separaba. Sus remolinos giraban más cerca de ellos, formando unas turbulencias que igualaban a las de Bouras.

Mientras las crecientes tormentas les golpeaban, la voz de la bruja retumbó como un trueno, aumentada por el vendaval.

—¡Me robaste a mi hija! ¡Devuélvemela!

Una ola enorme chocó contra un costado del *Al-Orizin* y alcanzó la cubierta, derribando a Yal Dolicar y a Sen Sherufa. La aterrorizada Sikara Fyiri, pretendiendo ser un bastión de fuerza, salió de su camarote portando un pesado bastón con el símbolo del helecho desplegándose. Se tambaleó al tratar de permanecer erguida.

—Capitán Saan, no tiene alternativa. Devuelva a la chica. ¡Entregue a la hija de ese demonio y sálvenos a todos!

Saan sujetó el brazo de Ystyá.

—No haré tal cosa.

Al ver que la tripulación susurraba a favor de las palabras de la sikara, Yal Dolicar gritó:

—No seáis estúpidos. La única razón por la que esa bruja no nos ha hundido todavía es porque quiere a Ystyá viva. ¡Esa chica es nuestra única moneda de cambio!

—No podremos dejar atrás a mi madre, Saan —dijo Ystyá—. Tiene poderes que no puedes imaginar. Tenemos que encontrar otro modo.

—Si no tenemos armas o poderes para enfrentarnos a Iyomelka, tendremos que ser más astutos que ella. —Saan se agarró a la borda cuando el barco se tambaleó de nuevo, golpeado por otra ola—. Agradecería cualquier sugerencia.

Arriba, en la cofa del vigía, un marinero se había atado al mástil para evitar ser arrojado por la violencia de la tormenta.

—¡Capitán, mire a la serpiente! ¡Algo muy grande se acerca a nosotros!

La tripulación corrió hacia la borda que señalaba el vigía cuando un relámpago estalló a su alrededor. El cuerpo de Bouras dio paso a una enorme forma angular cubierta de escamas, cuernos, y con un par de ojos deslumbrantes. Mordiendo su propia cola, la cabeza de la serpiente levantaba terribles olas, el doble de altas que el *Al-Orizin*. Los ojos del reptil les divisaron en ese momento, y su boca pareció ensancharse, dejando al descubierto unos colmi-





llos tan largos como el palo mayor de la nave, que perforaban la carne de su cola. La cabeza de Bouras avanzaba hacia ellos como si de un ariete se tratara.



4

Discovery

Hubo un juicio por el motín. Como capitán del *Discovery*, Criston Vora no podía perdonar lo que el Preste Hannes y sus seguidores habían hecho.

Las tensiones no resueltas pesaban en el barco más que cualquier ancla. Criston era responsable de las vidas de cada miembro de su tripulación, y tenía que asegurarse de que su misión tuviera éxito ante cualquier enemigo... incluso los que estaban entre su tripulación. El *Discovery* había navegado más allá de donde cualquier explorador había llegado jamás, más allá del alcance de los tribunales de justicia terranos. El capitán no podría confiar en nadie excepto en sí mismo, ni siquiera en su guía espiritual, pues el Preste Hannes era el peor de todos los amotinados.

Durante la insurrección sin sentido contra los saedranos del mar, su Brújula del Capitán se había roto en pedazos, por lo que el *Discovery* no podría encontrar el camino de regreso a Calay. Afortunadamente, la antigua Brújula de Aiden señalaba la ruta hacia Terravita. Por primera vez durante su largo viaje, los marineros confiaban en alcanzar su destino, si sobrevivían a la travesía...

En un amanecer neblinoso, Criston llamó a la tripulación a la cubierta de proa para pronunciar su veredicto. El grumete Javian estaba de pie al lado de la joven Mía; su apoyo había sido muy valioso durante la pelea, ayudando a liberar a las hijas del rey del mar. El *doctus aquis* saedrano Sen Aldo parecía estremecerse tristemente.

El preste llevaba puesta su oscura túnica Aidenista y estaba de pie muy firme, con una mirada airada. Estrechaba con fuerza su colgante del anzuelo entre las manos; Criston había accedido a otorgarle aquella pequeña concesión cuando los marineros le ataron las muñecas con una cuerda.

Todo el mundo esperó a que el capitán hablara. Criston sintió una oleada de repugnancia y de decepción al enfrentarse a los ojerosos amotinados. Muchos de los hombres tenían moratones y se les veía magullados



Terra Incognita

por la pelea. Algunos estaban acobardados; sólo unos cuantos permanecían desafiantes. El preste lo miraba.

Criston había pensado hacer una estruendosa declaración, pero en lugar de eso, su voz sonó muy floja.

—Pensé que eras mi amigo, Hannes. Confíe en ti.

—Eso cambió cuando usted me traicionó, por lo que traicionó a Aiden, capitán.

La tripulación susurró ante aquellas palabras; Javian fue el que más fuerte lo hizo. Y Criston gritó:

—Soy el capitán del *Discovery*. ¡Dirijo este barco! ¡Y tú —señaló con un dedo a Hannes—, tú has hecho que pierda a Kjelnar, nuestro calafate y nuestro primer oficial, un buen hombre! Tú has acabado con una posible alianza con los saedranos del mar, quienes podrían haber sido nuestros aliados contra Uraba.

—Contar con ellos como aliados no vale el precio de nuestra condena, capitán —dijo Hannes, con calma y frialdad—. Esas personas no creían en Aiden y rehusaron oír la verdad. Usted estaba demasiado ciego para ver el peligroso camino por el que estaba avanzando.

Sen Aldo se unió al capitán:

—Durante siglos los saedranos del mar han estudiado los océanos, los litorales, las islas. Podrían haber aportado grandes conocimientos sobre el Mapa de Todas las Cosas. Nos podrían haber llevado a Terravita, pero usted los puso en nuestra contra.

—Yo ya tengo todos los conocimientos que necesito —contestó Hannes con brusquedad—. Mi lealtad no es ni para los saedranos ni para tu mapa.

—Tu lealtad debería ser para Terra —dijo Criston.

El preste se rió ahogadamente.

—No, mi lealtad es para Ondun y para Aiden. Siempre ha sido así.

—Nuestros enemigos son los seguidores de Urec, no todo el mundo que te parezca extraño. —Hannes no veía la diferencia.

El sol de la mañana calentaba con fuerza mientras el *Discovery* navegaba por unas aguas en calma. Javian estaba nervioso. Le apretó la mano a Mía, quien también se la estrechó. El grumete se aclaró la garganta, e hizo una nerviosa sugerencia:

—Capitán, si estos hombres nos dan su palabra de que sólo seguirán sus órdenes, tal vez usted debería darles otra oportunidad. Son nuestros compañeros...

Varios de los amotinados asintieron con la cabeza, prometiendo hacer justamente eso. Incluso Aldo bajó la mirada.

—Yo he tenido muchos desacuerdos filosóficos con el preste, capitán, pero nunca le deseé la muerte. La Brújula de Aiden señala con tal fuer-





za nuestro destino que debemos estar muy cerca de Terravita. ¿No sería más conveniente dejar que sea el Sagrado Joron quien decida el destino de estos hombres?

Hannes se enderezó.

—Para este asunto, Joron sería uno de los únicos jueces que aceptaría. Pero Criston no se sentía misericordioso.

—La elección no depende de ti, preste. —Aunque su corazón estaba roto, tenía que ser fuerte—. Tú mismo me aconsejaste, Hannes. Cuando Enoch Dey y Silam Henner trataron de violar a Mía, fuiste tú el que insistió en que un capitán no puede demostrar misericordia. Me dijiste eso por el bien de todos, y tuve que dar un terrible ejemplo. —Dey había sido arrojado por la borda hacia una muerte segura, mientras que Henner sufrió el castigo del látigo, lo que sin duda había sido demasiado misericordioso, pues ahora Henner se encontraba entre aquellos que se habían vuelto contra su capitán. Criston entrecerró los ojos—. Seguramente el crimen de amotinarse merece un drástico castigo. Por tu propio consejo, no puedo tener piedad.

Hannes no rogó piedad alguna. Su rostro estaba rojo por la exposición al sol, aunque sus cicatrices seguían pálidas. Agarró con fuerza el anzuelo en sus manos, rezando. Parecía estar desafiando a Criston a tomar su decisión.

Pero antes de que Criston pudiera pronunciar la temida frase, un grito se escuchó en la cofa del vigía.

—¡Tierra a la vista, capitán! ¡Tenemos una línea de costa justo delante!



5

Costa del Mare Medium,
cerca de Sioara

Con su Libro de Aiden en la mano, Ciarlo entró en un pueblo costero urabano. Mostraba una sonrisa calmada, y susurraba una oración. A pesar de los rechazos previos que había sufrido, seguía creyendo que aquellos hombres acabarían por escuchar a un desconocido como él.

Algo más grande que los típicos pueblos pesqueros, aquella localidad tenía varios muelles donde los barcos del Mare Medium podían atracar y descargar. Mientras caminaba por las calles, Ciarlo pasó junto a numerosas casas de adobe pintadas de blanco, recorrió un pequeño mercado

